

ESPRONCEDA, JOSÉ DE (1808 - 1842)

EL PELAYO

Ensayo Épico

(Fragmentos)

INDICE:

FRAGMENTO PRIMERO
FRAGMENTO SEGUNDO
FRAGMENTO TERCERO
FRAGMENTO CUARTO
FRAGMENTO QUINTO

FRAGMENTO PRIMERO

I

De los pasados siglos la memoria
Trae á mi alma inspiracion divina,
Que las tinieblas de la antigua historia
Con sus fulgentes rayos ilumina:
Virtud contemplo, libertad y gloria,
Crímenes, sangre, asolacion, ruina,
Rasgando el velo de la edad mi mente,
Que osada vuela á la remota gente.

II

Tornan los siglos á emprender su giro
De la sublime eternidad saliendo,
Y antiguas gentes y ciudades miro
Súbito ante mi vista apareciendo:
De ellos á par en mi ilusion respiro,
Oigo del pueblo el bullicioso estruendo,
Y lleno el pecho de agradable susto,
Contemplo el brillo del palacio augusto.

III

Al blando son de la armoniosa lira
Oigo la voz de alegres trovadores,
El aura siento que fragancia respira,
Y al eco escucho murmurando amores;
Al sol contemplo que á occidente gira
Reverberando fúlgidos colores,
O la corte del godo poderío
Se alza orgullosa sobre el áureo río.

IV

Toledo, que de mágicos jardines
Cercada, eleva su muralla altiva
No guardada de fuertes paladines,
Ornada sí de juventud festiva:
Allí entregado á espléndidos festines,
Rodrigo alegre y descuidado liba
Copas de néctar de fragancia pura,
Al deleite brindando y la hermosura.

V

Allí con ojos lánguidos respira
Dulce placer beldad voluptuosa,
Y aroma exhala, si feliz suspira,
Del puro labio de encarnada rosa,
Rodrigo en ella codicioso mira
La que á su amor se muestra desdeñosa,
Que mas que todas es cándida y linda,
La dulce, bella, celestial Florinda.

VI

El ruido crece del festin en tanto,
Y el grato néctar al deleite llama;
Su pecho inunda deleitoso encanto,
Y el fuego impuro del amor le inflama:
Ebrio Rodrigo, desceñido el manto
Alza la mano trémula, derrama
El áureo vaso, y atrevido sella
Dulce beso en el rostro á la doncella.

VII

Todo es placer: de su mansion de rosa

La primavera cándida desciende,
Y en el regazo de la tierra ansiosa
El fuego animador de vida enciende:
Templa del mar la furia procelosa,
El viento en calma plácido suspende,
Y derrama la aurora en sus albores
Luz regalada y regaladas flores.

VIII

Abre la flor naciente el lindo seno,
Y recibiendo el encendido rayo,
En la esmeralda del otero ameno
Vierte su dulce olor, gloria del mayo:
Pasa el arroyo plácido y sereno,
Solícito besándola al soslayo;
Ella en vivos colores se ilumina
Y al dulce beso la cabeza inclina.

IX

Y en el pensil do con rosada frente
El halagüeño abril pasa riendo,
A la sombra de un árbol eminente
Está la juventud danzas tejiendo;
Cual á la márgen de la herbosa fuente
Canta, blando laud diestro tañendo,
Y cual del baile y del cantor se aleja,
Y á su dulce beldad tierno se queja.

X

Allí Rodrigo con incierta huella
Lascivo sigue á la fatal Florinda;
Ciego, arrastrado de ominosa estrella,
Intenta audaz que á su furor se rinda.
No oye ¡infeliz! su mísera querella;
La ve humilde á sus piés, la ve mas linda,
Y con lascivos ojos, con desdoro
Mancha la hermosa flor de su decoro.

XI

En tanto encubre pavorosa nube
El cielo en ántes trasparente y terso,
Y relumbra la espada del querube,

Ministro del Señor del universo;
Que ya la voz de la inocencia sube
Que en llanto el gozo trocará al perverso,
Y á la luz del relámpago se muestra
Del rayo armada la divina diestra.

XII

Súbito un trueno retumbar se siente:
«¡Himnos, vivas al rey! la danza siga,
Y nuestra dicha y júbilo acreciente
El mutuo amor que nuestras almas liga.»
Tal grita aquella juventud demente,
Y al rey ensalza que Jehová castiga.
«¡Himnos, vivas al rey!» Súbito un rayo
Heló sus pechos con mortal desmayo.

XIII

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,
Las densas nubes agitando, ondean
Con sus olas los genios del profundo,
Que con cárdeno surco centellean;
Y al ronco trueno, al eco tremebundo
De los opuestos vientos que pelean,
Se oye la voz de la celeste saña:
«¡Ay Rodrigo infeliz! ¡Ay triste España!»

XIV

Todo desapareció: lóbrego luto
Reina y silencio do el placer ardia,
Do el mísero monarca disoluto
En vil torpeza y embriaguez yacia.
Guerra y desolacion el triste fruto
Al fin será de su lascivia impía,
Y horrenda esclavitud: Rodrigo en tanto
Verterá entre sus hembras débil llanto.

XV

¡Maldicion, maldicion! Yertas las flores,
Del huracan violento arrebatadas,
El alegre pensil de los amores
Verá sus hojas por doquier sembradas;
La música, el banquete, los favores

Dulces de amor, las danzas animadas,
El canto de las damas y galanes
Trocados miro en lágrimas y afanes.

XVI

Tal otro tiempo en la soberbia cena
Donde mofaba de Jehová el impío,
Ya la medida al sufrimiento llena,
Rebosó de ira caudaloso río;
Y el rey asirio con amarga pena
Vió en el muro de mármol con sombrío
Fuego animarse escrito sobrehumano,
Trazado allí por invisible mano.

FRAGMENTO SEGUNDO

I

.....
.....
Era la hora en que el mundano ruido
Calma, en silencio el orbe sepultado;
Yacia el rey, apenas interrumpido
Del dulce sueño su mortal cuidado;
Cuando un fúnebre oyó largo alarido
Entre angustiosos sueños congojado,
Triste presagio de su infausta suerte,
Y luego ante sus ojos vió la Muerte.

II

La amarillenta mano descarnada,
Blandiendo al aire la guadaña impía,
La aterradora vista al rey clavada,
Su cetro y su corona recogia,
Mientras en torno extraña gente armada
Sus despojos alegre dividia:
Y oyó sus quejas y escuchó sus voces
Y sus semblantes contempló feroces.

III

Y al ángel de tinieblas levantarse
Súbito vió como la inmensa cumbre
Del alto Chimborazo, y al llegarse

Lanzando rayos de ominosa lumbre;
Y su mano sintió, que al acercarse
En su frente cargó su pesadumbre,
Grabando allí tremendo sobrescrito
Que le marcara por de Dios maldito.

IV

Y luego oyó rumor de cien cadenas,
Crujir los huesos, rechinar los dientes,
Y abismos contempló de eternas penas
Inmensurables, lóbregos y ardientes:
Oyó voces de horror y espanto llenas,
Batieron palmas las precitas gentes,
Y oyó también por mofa en su agonía
Bárbaras carcajadas de alegría.

V

Mas luego el sueño se trocó en su mente,
Y amantes dichas disfrutar figura
En brazos de Florinda dulcemente
Entre flores, aromas y frescura;
Y cuando mas su corazón consiente
Que estrecha la deidad de la hermosura,
Se halla en los brazos de Julian fornidos
Ahogándole á su cuello retorcidos.

VI

Sobre él enhiesto á su garganta apunta
Fiero puñal que el corazón le hiela:
Procura desasirse y mas le junta
Pecho á pecho Julian, que ahogarle anhela.
Así fiero dragón trilingüe punta
Vibra y se enlaza al animal que cela,
E hincando en él la ponzoñosa boca,
Le enrolla, anuda, oprime y le sufoca.

VII

Los brazos alza y lleva á su garganta,
Del bárbaro enemigo á desprenderse:
Cuanto con mas ahinco los levanta,
Los ve volver sin ánimo á caerse:
Crecen sus bascas, y en angustia tanta

Falto de aliento, sin poder valerse,
Yerto, rendido y con mortal congoja,
Ya con lívida faz espuma arroja.

VIII

En medio á su delirio y agonía
Trémulo y fatigoso se despierta;
Un helado sudor su cuerpo enfría,
Su carne toda horripilada y yerta;
Siente el robusto brazo que porfía
Aun por ahogarle; á desprender no acierta
El lienzo que á su cuello él mismo siga,
Y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

.....

FRAGMENTO TERCERO

Batalla del Guadalete

I

En vano con prodigios espantosos
El justo cielo le anunció su ruina,
Y fúnebres ensueños milagrosos
Le intimaron la cólera divina:
Ronco trueno á los pueblos temerosos,
A deshora estallando, vaticina
Desventuras sin fin; y el rey en tanto
Derrama entre sus hembras débil llanto.

II

Orgullosa torrente de guerreros
Pueblos, montañas y ciudades hunde;
Tintos en sangre brillan sus aceros,
Y el estrago y terror do quiera cunde:
Así al impulso de aquilones fieros
Llama voraz por selvas se difunde,
Consume antiguos troncos, arde el suelo
Y amenaza abrasar al mismo cielo.

III

Rompe el alarbo y fiero desbarata
Cuanto encuentra, y los campos raudo asuela;
Al labrador sus mieses arrebatata;
Pavoroso terror las gentes hiela;
La vírgen triste al vencedor acata,
Y hondo suspiro de su pecho vuela
Al trono de Rodrigo descuidado,
Que en infame placer yace embriagado.

IV

Mas al fin despertó: lució ya el dia
En que á tan grandes crímenes el cielo
El merecido premio disponia:
Nublóse el sol, encapotóse el velo
Del ancha esfera: el trueno estremecia
La amedrentada tierra, y con anhelo
Rodrigo entónces, respirando apénas,
Quiere romper las bárbaras cadenas.

V

Al deleite se arranca, el hierro viste,
Cálase el yelmo, el tresdoblado escudo
Con fatiga tal vez débil resiste,
De esfuerzo el corazon y ardor desnudo;
Pálido el rostro, acongojado y triste,
Parte á lidiar contra el alarbe rudo;
Vierten sus ojos lágrimas, suspira,
Y por última vez su alcázar mira.

.....

VI

El grito escucha de venganza y guerra
Gozoso de su estruendo el mahometano,
Y ansioso aguarda en la vandalia tierra
Do baña el Lete el muro jerezano.
¡Ay! á la lid del ocio se destierra,
¡Oh cara patria! y se prepara en vano
Rodrigo de su ejército á la frente,
Que los vicios de un rey vician su gente.

VII

Despareció del godo la osadía
Y el antiguo valor: las armas ora,

Noble ejercicio de su esfuerzo un día,
Cansado blande y los deleites llora,
Mientras la enseña de la luna impía
Tremolan á los aires vencedora
Los que el mundo, belígeros varones,
Turbaron con sus bárbaras legiones.

VIII

Rodrigo en carro de marfil ostenta
Corona de oro y perlas en su frente:
La regia pompa y galas aparenta
Que en los banquetes le adornó luciente.
¡Mísero! en vano el corazón alienta;
No ve sobre él, ¡oh Dios omnipotente!
Tu diestra levantada; arder no mira
Tu rayo á la palabra de tu ira.

IX

Llegamos ya del Lete á la ribera,
Y en su fértil llanura el campamento
Fijamos frente á la morisma fiera:
Resuena el campo en pavoroso acento,
Al aire va tendida la bandera,
La trompa agita el sonoro viento,
Armas y carros resonantes giran,
Y ambas huestes atónitas se miran.

X

La noche el cielo en su sombrero manto
Lóbrega encapotó: tal vez brillaba
Relámpago sombrío, que el espanto
Y el horror de la noche acrecentaba;
Lúgubre, sola y temerosa en tanto
La voz de las vigías se escuchaba,
Y en torno de los campos tenebrosos
Volaban mil espectros espantosos.

XI

El sol temprano cual rubí encendido
Dejaba el golfo del rosado oriente,
Y el rayo, de su disco despedido,
Doraba de Jerez la alzada frente:

Quiebra entre tanto morrión bruído,
Dardo mortal y arnes resplandeciente
Su luz, y cada raudo movimiento
De ominoso esplendor inunda el viento.

XII

La extensa vega de Jerez coronan
El uno y otro ejército fronteros:
Guerra las trompas hórridas pregonan,
Y al ruido late el pecho á los guerreros.
Armas, carros, caballos se amontonan,
Zumba el viento al rumor y estruendo fieros:
Los rios su curso con pavor reprimen
Y los montes al son medrosos gimen.

XIII

Triste Rodrigo su carroza guía
Ligera entre sus fuertes escuadrones:
Radiante en vano su corona envía
El antiguo esplendor. ¡Ah! sus bridones
¡Cuán otro rige ya de aquel que un día
Toledo vió entre nobles campeones,
Augusto vencedor en los torneos,
Coronada su frente de trofeos!

XIV

Hoy al peligro puesto el pecho esquivo,
El corazón anima, y su flaqueza
Esconde ante su ejército, y altivo,
Muestra en su acento bélica fiereza.
Sancho, su hijo, el hierro vengativo
Blande á su lado y rige la aspereza
De un gallardo troton con diestra mano,
Mancebo hermoso, intrépido y lozano.

XV

Por vez primera la robusta lanza
Blande su brazo juvenil, y ansioso
Hiérvele el pecho en bélica esperanza,
Ceñir pensando el lauro victorioso:
Probar de solo á solo su pujanza
Con el mismo Tarif ansia animoso:

Párase en tanto el rey, alza la frente,
Y así en guerrera voz grita á su gente.

.....

XVI

Entre tanto el clarin súbito suena
En nuestro campo, y fiero corresponde
Con trompas y atabales la agarena
Hueste que al ruido en ronco son responde.
Tarif su gente á arremeter ordena;
La nuestra se adelanta; el cielo esconde
Densa nube de polvo, el viento inflama,
Y el suelo á nuestros piés retiembla y brama.

XVII

Sus caballos los moros recogiendo,
Rápidos se aperciben á lanzarse;
Súbito á un tiempo en alarido horrendo
Arrancan con nosotros á encontrarse;
El ímpetu, las voces, el estruendo
Tornan en son confuso á redoblarse;
El acero saltando centellea,
La sangre hirviendo en derredor humea.

XVIII

Retumba el valle: al golpe repetido
Sobre las armas de la hendiente espada,
Salta el arnes al suelo sacudido,
La cimera gentil gime abollada:
No mas veloz, cuando el metal ardido
Labra el martillo en la caverna ahumada,
Sobre el fornido yunque horrendo bate,
Y forja el fiero rayo del combate.

XIX

Hombres con hombres con furor se estrellan
Con golpes reciamente redoblados,
Lo arrasan todo y todo lo atropellan,
Hienden, rajan, destrozan irritados;
Armas, muertos, caballos, carros huellan
Con espantoso estruendo derribados:
Yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente

Envuelve el Guadalete juntamente.

XX

Así en recio rumor bramando el viento
En las hondas cavernas de la tierra,
A deshora con ímpetu violento
Rompe la cárcel que su furia encierra;
Retiembla al choque el duradero asiento
En que el orbe firmísimo se aferra,
Abre su abismo el mar, su estrago cunde,
E imperios al no sér súbito hunde.

XXI

En confusa revuelta la batalla,
Todos ardiendo en ira se encarnizan,
Vuela en pedazos la rompida malla,
Crudos golpes los cuerpos martirizan;
No hay ceder, no hay calmar; inmoble valla
Cruzados hierros mil contino erizan:
Hiérense, á herirse tornan y desprecian
La muerte, hirviendo en cólera, y arrecian.

XXII

En tanto el sol en su carroza de oro
Vibrando del cenit vívida lumbre,
Padre y monarca del luciente coro,
Mediaba el día en la celeste cumbre.
Dura incierto el combate: altivo un moro
De entre la espesa, envuelta muchedumbre.
Aguija su bridon, la lanza agita,
Y en nosotros audaz se precipita.

XXIII

Arrolla á Atanagildo; la pujanza
Del fiero Teudis á sus plantas yace,
Rinde de Ervigio la terrible lanza,
Y su cólera en sangre satisface;
Sobre vencidos muertos se abalanza,
Opuestos hierros su furor deshace;
Pavor, desolacion, muerte, rüina
Su alfanje en alto aterrador fulmina.

XXIV

Sancho, Sancho le ve: su pecho late
Venturoso en hallar digna contienda;
Tercia su lanza, las ijadas bate,
Y al fogoso bridon suelta la rienda;
Parte á do el moro intrépido combate;
Llámale en alta voz á lid tremenda:
Vuelve el árabe á Sancho, el troton pára,
Responde al grito y su furor prepara.

XXV

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escudo,
Sobre el arzon el cuerpo amenazante,
Al héroe amaga el bárbaro sañudo,
Fijos los ojos, lívido el semblante;
Serenos el rostro, en ademán forzado
Blande el mancebo el hierro centellante,
Y envueltos entre el polvo que levantan,
La tierra en torno al embestirse espantan.

XXVI

No mas pronto entre humo y fuego y trueno
Rayo veloz del cielo se desata;
Ni así fiero en la mar de su hondo seno
Las turbias olas Bóreas arrebatá;
Ni montaraz torrente al valle ameno,
Ni súbito huracán, ni catarata
De ondisonante río, ni lava ardiente
Su arranque asemejaran impaciente.

XXVII

Al encuentro fatal con ruido infando
Las lanzas saltan; la áspera coraza
El rechinante hierro penetrando,
La robusta armadura despedaza;
La mitad de la lanza retemblando
El pecho al musulmán fiero ataraza;
A torrentes la sangre humeante brota
Por la abertura de la hirviente cota.

XXVIII

«¡Maldicion sobre ti!» grítale el moro,
Y ya su alfanje en alto resplandece;
Desploma el golpe en el metal sonoro,
Parte á Sancho el arnes y en furia crece.
No así mugiendo fiero andaluz toro
El circo en torno horrísono estremece;
Ni iracundo leon, ni tigre hircano
Iguala en ira al bárbaro africano.

XXIX

Presto otra vez al héroe se adelanta,
Suelto el veloz caballo en la carrera,
El roto escudo impávido levanta
Sancho, y el golpe poderoso espera;
Descarga el musulman, rompe y quebranta
Adarga y yelmo y barras y cimera;
Sancho vacila, y de la herida frente
La sangre mana en hervorosa fuente.

XXX

Y audaz tirando de la cruda espada,
Que cual cometa cuando deja el lecho
Del mar, resplandeció desenvainada,
La esconde toda en el alarbe pecho.
De los disueltos miembros huye airada,
Dando un gemido de mortal despecho,
Aquel alma feroz, y vuela impía
Del negro averno á la region sombría.

XXXI

Crece entónces el ímpetu; el rüido
Dóblase en ambas huestes: Sancho grita;
Su acento deja al moro estremecido,
Y ansia de gloria en el hispano excita.
¿Quién dirá tu valor, ni el encendido
Ardor dirá que el corazon te agita?
¡Oh Sancho! yo si dividí tu gloria,
Tuyo fué el lauro y tuya la victoria.

XXXII

En medio la morisma enfierecida
Revuelve el héroe su tajante acero

Cada golpe una herida, cada herida
Una muerte: y brioso, audaz, ligero,
Mil muertes lanza en cada arremetida;
Cede á su esfuerzo el árabe altanero,
Redobla el choque el animoso hispano,
Y gime el moro y lidia y lucha en vano.

XXXIII

Apénas con fatiga ronca alientan,
Yertos los fuertes brazos, los guerreros,
Y en vano el bruto que animar intentan
Siéntese hincar los acicates fieros;
Ora si aun con altivez sustentan
En las cansadas manos los aceros,
No es ya valor ni esfuerzo ni osadía,
Mas requemada furia y rabia impía.

.....
.....

XXXIV

Héroe del español, alta memoria
Allí alcanzaste, ¡oh hijo de Rodrigo!
Y altivo yo las palmas de victoria
Me esforcé en vano á dividir contigo;
Astro menor, siguiéndole en su gloria
Fuí de su esfuerzo y su valor testigo.
Al eco torna del clarin que siente,
Y tardo sigue el último á su gente.

XXXV

Cual rojo alano á las batallas hecho,
Si hubo el toro sujeto entre sus dientes,
De la fiera arrancado, su despecho
Muestra con ademanes impacientes;
Y ora pára tal vez de trecho en trecho,
Ora en torno los ojos vuelve ardientes,
O lento sigue al conocido dueño
Con oscuro murmullo y torvo ceño.

XXXVI

Así el héroe se aparta desdeñoso,
Rotas las armas y el almete hundido,
Y descubre, marchando perezoso,

Con palabras su ardor mal reprimido.
No es ya el diestro y galan jóven hermoso,
De plumas, oro y perlas revestido;
Ora guerrero intrépido le muestra
La ajena y propia sangre y faz siniestra.

XXXVII

De monte en monte retumbando atruena
El fragor léjos del pasado estruendo:
El campo en son confuso en torno suena,
Lamentos moribundos repitiendo;
El Guadalete férvido resuena,
Su curso entre cadáveres rompiendo,
Y entrambas huestes á la lid preparan
Las rotas armas, y el vigor reparan.

.....
.....

El Consejo

—

XXXVIII

Habló apénas y presto del asiento
Cercano á la del rey la augusta silla
Sancho, su hijo, con brioso aliento
En pié y armado reluciente brilla.
«Con esta, dijo en varonil acento,
Y de la vaina alzó media cuchilla,
Al punto aquí castigaré al medroso
Que vil demande hasta triunfar reposo.

XXXIX

»¿Tregua? ¡Jamás! ó vencimiento ó muerte;
Que nunca fatigó, ni impuso miedo
Continua guerra al corazón del fuerte,
Ni abatió de su espíritu el desnudo.
Quien ora intente abandonar la suerte,
Que ofrece á nuestras armas rostro ledo,
Es un cobarde y vil, y de ahora digo
Que ya me cuente á mí por su enemigo.»

XL

Dijo, y fuego su vista derramada

En torno de nosotros despedía:
La mano en el recazo de su espada,
Ministra de la muerte, sostenía;
Y en su ademán y vívida mirada
Al genio de la noche parecía
Sobre la tempestad, cuando destina
El mundo todo á funeral ruina.

XLI

«¡O triunfo ó muerte!» en grito altisonante
Clamé en pos de él, y á un tiempo resonaron
Los jóvenes mi voz, y en arrogante
Aspecto las espadas empuñaron:
Con muestra humilde y plácido semblante,
Cuando á la voz del rey todos callaron,
Opos el labio de dulzura lleno
Abrió, exhalando su infernal veneno.

XLII

«¡Con cuánto gozo, dijo, oh capitanes,
Miro en vosotros, de la patria escudo,
El noble ardor que vence los afanes
Y el pecho incita á combatir sañudo!
Tímidas ven las huestes musulmanes
Vuestro hierro fatal brillar desnudo,
Y oyendo vuestra voz que rauda vuela,
Mortal temor sus corazones hiela.

XLIII

»Y tú, augusto monarca, el pecho inflama
Y el lauro ciño de inmortal victoria;
Goza, heredada al contemplar la llama
Que hará á tu hijo fatigar la historia;
Por cuanto ardiente el sol su luz derrama
Himnos alzando en tu alabanza y gloria,
De siglo en siglo esparcirá tu nombre
La fama en voz que al universo asombre.

XLIV

»Mas si alcanzaste nombre de esforzado,
No marchite tu honor puro y radiante
Volver acaso al riesgo aventurado

Cual bisoño adalid, si fué triunfante.
Muéstrate á par de intrépido soldado
Jefe sagaz, y el ánimo arrogante
De tus ínclitos jóvenes serena,
Y su ardimiento generoso enfrena.»

XLV

Llegaba aquí cuando en redor se extiende
Sordo murmullo que al malvado espanta
E interrumpe su voz; que el pecho enciende
En fiera indignacion audacia tanta:
El rey, que el ruido amenazante entiende,
En la alta silla adusto se levanta,
Y acallado el tumulto y todo atento
Opas siguió con simulado aliento.

XLVI

«No, guerreros ilustres, ora pido
Largo reposo, ni penseis siquiera
Que, ménos que vosotros encendido,
Al viento dé mi espada la postrera;
Que aun no mi corazon gime abatido,
Ni tanto helado de los años fuera,
Que el alta llama que en vosotros arde
Yo desconozca mísero y cobarde.

XLVII

»Mas ¿qué vale triunfar, qué el ardimiento,
Ni qué vale el esfuerzo y la osadía,
Si ciegos y con loco pensamiento
A cierto daño su imprudencia guía?
Cansado el brazo, el pecho sin aliento,
¿Qué al español valdrá su valentía,
Si ni el hierro mellar podrá su espada
De tan continuos golpes fatigada?

XLVIII

»Volved la vista ¡oh nobles campeones!
A ese campo de gloria, y ved tendidos
Tintos en sangre intrépidos varones
En medio de los árabes caidos;
Hollados ved del moro los pendones,

Los pendones jamas ántes vencidos;
Luego decid si galardón merecen
Pechos que tanta hazaña al mundo ofrecen;

XLIX

»Descanso os pide el esforzado Ibero,
Si á moveros mi voz sola no alcanza;
Descanso, sí, para despues mas fiero
Blandir su brazo la robusta lanza:
Sus acentos oid, ved al guerrero
Cansado ya de sangre y de matanza;
Os pide solo de reposo un día,
Y os promete despues nueva osadía.

L

»Un día solo, y cuando ya mañana
El orbe el sol con su esplendor encienda,
La voz de guerra elévese inhumana
Y el sonoro clarín los aires hienda:
Gózate en tanto, ¡oh rey! gócese ufana
Tu heroica hueste y su furor suspenda,
Y vosotros ¡oh nobles compañeros!
Dad á la vaina un punto los aceros.»

LI

Así robando á la virtud su acento,
Dijo el inicuo, y de su labio impuro
Encubierto espiró letal aliento,
De infausta muerte precursor seguro,
Llamas, guerras, horror, males sin cuento.
Cesó de hablar, y de su centro oscuro
Lanzó tronido horrísono el averno,
Y el rayo asolador vibró el Eterno.

LII

Mostró Rodrigo á su lisonja agrado
Y en daño suyo consintió gozoso:
Tembló al traidor el corazón, malvado,
Cumplido al ver su intento criminoso.
Todos también con pecho confiado,
(Que nunca recelara el generoso)
Crédito noble á sus razones dimos,

Y el hierro en nuestra contra convertimos.

La Procesion

LIII

Abierta entónces de Jerez ofrece
La altiva puerta el pueblo en su contento,
Y marchando magnífico aparece
Sacro concurso en tardo movimiento.
El aura en ondas el incienso mece,
Y humildes gracias al empíreo asiento
Un vírgen coro armónico levanta,
Y «hosana, hosana,» sonoro canta.

LIV

Inmenso pueblo el simulacro santo
Atiende en pos del Salvador del mundo,
Resuena solo reverente el canto,
Reina silencio en derredor profundo.
Sublima el pecho religioso encanto,
Y en paz trocado el ánimo iracundo,
La hueste sigue en muestra respetosa,
Y desnuda la frente y humildosa.

LV

Preceden la alta pompa los pastores
Sacros ministros de Jesus divino,
Parte su estola auríferos colores
Sobre la veste cándida de lino:
Orlas de lauro y de vistosas flores
Penden al asta del cruzado sino,
Y allí Rodrigo respetuoso guia
En pos la augusta ceremonia pia.

LVI

Las tiendas cercan y el glorioso acento
Se siente al eco resonar süave,
Calma su ruido misterioso el viento,
Suspende el canto embebecida el ave,

Bendice el campo de la lid sangriento
El sacerdote en aparato grave,
Tornan y al muro majestuosos giran
¡Miseros! ¡ay! y júbilo respiran.

LVII

El campo todo venturoso rie:
Allí la vírgen tímida y atenta
La vista esparce, y el mancebo engríe
Su noble pecho y animarla intenta.
El padre anciano con placer sonrío
Si el ternezuelo infante, cuando ostenta
A sus ojos las armas, temeroso
Se abriga al seno de su madre ansioso.

LVIII

Tremolan desplegadas las banderas
Guerreros nuestros en el campo moro,
Y relumbran gallardas las cimeras
Y armas y petos enmoldados de oro;
Suenan confusas voces placenteras,
Himnos alza tal vez juvenil coro,
Y fiesta y triunfo y algazara y canto
Presagios son de esclavitud y llanto.

FRAGMENTO CUARTO

I

.....
.....
Un alcázar de pórvido luciente
Junto al famoso Bétis se levanta,
Do la riqueza y esplendor de oriente
Los muros y artesones abrillanta;
Las puertas son de bronce refulgente,
Y con soberbia y aparato espanta
Fuerte escuadron en torno de guerreros
Con sendas lanzas y semblantes fieros.

II

Allí entre el oro y seda que atavía
Aromática estancia y opulenta,

Trono de bullidora pedrería
Al moro rey con majestad sustenta
Torvos los ojos y la faz sombría
Ora el monarca pensativo ostenta;
Que arde su pecho en bárbaro coraje
Del rey de Murcia al temerario ultraje.

III

En torno de él respetuosa imita
La corte toda su silencio triste,
Y de la sombra que su faz marchita
Su rostro cada cual cubre y reviste;
La saña misma que al monarca irrita,
En muchos nobles con furor asiste,
Y oculta á otros la cristiana injuria,
Del airado Aldaimon tiemblan la furia.

IV

Con ceño adusto un árabe altanero
Y de estatura y miembros de gigante,
Junto á la silla del monarca fiero
Fija en él su mirada centellante;
El silencio fatal rompo el primero
Con formidable muestra y arrogante,
Y sin respeto y con acento airado
Al fin prorrumpe, de callar cansado.

V

«Aldaimon, Aldaimon, ¿adónde el brio
Del musulman está? ¿dónde la guerra
Y del profeta santo el poderío
Que á las naciones míseras aterra?
¡Maldiga Alá la paz que da al impío
Segura vida y júbilo en la tierra!
Hunda su reino el Dios de las venganzas,
Y adornen sus cabezas nuestras lanzas.

VI

»Arma tus fuertes, junta tus varones,
Que yo á su frente por Alá te juro
En un lago de sangre las legiones
Y el odio ahogar del nazareno impuro;

Del profeta los cándidos pendones
Brillen de Murcia en el vencido muro,
Y en aquel de su Dios altar maldito
La espada eleve nuestro santo rito.»

VII

Dijo, y rugando la ceñuda frente
.....
.....

VIII

«Mas no tú solo, intrépido mancebo,
Irás á dar á mi furor templanza,
Que yo cual tú tambien el ansia apruebo
De gloria y de combate y de matanza;
Sienta ese rey, que con insulto nuevo
Mi corazon excita á la venganza,
Que si perdono al mísero enemigo,
Del rebelde tambien doblo el castigo.

IX

»Vé, Solimán: las huestes agarenas
Manda aprestar, y la trompeta al viento
De Córdoba publique en las almenas
A España mi terrible mandamiento.»
Dijo, y le escucha el musulman apénas,
Cuando por medio en ademan violento
Rompe, y á obedecerlo se retira,
Y celoso del rey se abrasa en ira.

X

Con grata muestra entónces del tirano
Todos humildes el intento aprueban,
Y sobre el pecho, al uso mahometano,
Inclinando la faz, las manos llevan:
Luego un murmullo con semblante ufano
Unos con otros razonando elevan;
Mas ya Aldaimon á hablarles se prepara,
Y el sordo ruido de repente pára.

XI

«Campeones de Dios, ¡oh descendientes
Del ínclito Ismael! la luz primera
Verá de nuestras glorias esplendentes
Al aire tremolada la bandera.
Ella guió el valor de los creyentes,
Cuando del Guadalete en la ribera
En manos de Tarif brilló aquel día,
Que extendió la agarena monarquía.

XII

»Ella miró vencidos desplomarse
Los altos muros de la gran Toledo,
Y la altivez de Mérida humillarse;
Y al cántabro feroz impuso miedo.
Torne al viento mañana á desplegarse,
Y al alma infunda el celestial denuedo,
Que intimida al infiel: Dios le condena
A eterna muerte ó á servil cadena.»

XIII

Dijo, y del trono aurífero desciende
Con lento paso y ceño majestuoso,
Y á un lado y otro del salón se extiende
Y ante él se postra el séquito humildoso,
Tal si en ignota soledad sorprende
Oscura noche al labrador medroso
Si de repente ve fada divina,
En mudo pasmo la rodilla inclina.

.....
.....

FRAGMENTO QUINTO

DESCRIPCION DE UN SERALLO

—

.....

I

De mágicos jardines rodeado,

Se alza un rico salon, donde descansa
El moro rey, cuando el fatal cuidado
Y cortesano estrépito le cansa:
En él ahora al júbilo entregado,
Del fiero pecho la crueldad amansa
Plácido canto que deleite inspira
Al son de blanda, regalada lira.

II

Allí cercado del amable coro
Que el de las houris célicas no iguala,
Quemada en pipa de ámbar y de oro,
Planta aromosa el gusto le regala;
Y mientras en hombros de su amada el moro
La sien reclina, de su labio exhala
Humo süave, que en fragante nube
En leves ondas á perderse sube.

III

Cien lámparas de plata el opulento
Soberbio harem con su esplendor encienden,
Y en partes horadado el pavimento,
Aromas mil á derramarse ascienden:
Las luces multiplica ciento á ciento
El oro y alabastro en que resplenden,
Y de cristal y azogue relucientes
En jaspe bullen imitadas fuentes.

IV

Lánguida acaso mora peregrina
En blando lecho de damasco y flores
Allí voluptüosa se reclina,
Y en sus ojos amor prende de amores;
En tanto que otra de beldad divina
Con aguas de riquísimos olores
Baña la negra cabellera riza,
Que por la airosa espalda se desliza.

V

Otra de silfas mil tropa lasciva
Con diademas de oro y de esmeralda
Saltando en danzas ágiles, festiva

Gira y se enlaza entre gentil guirnalda;
Y deshaciendo el lazo fugitiva,
Desnudo el pecho y la gallarda espalda,
La leve seda al movimiento vuela
Y sus formas bellísimas revela.

VI

El ojo en vano penetrar desea
La en torno casi trasparente gasa,
Y aunque nada tal vez entre ella vea,
Rápido el pensamiento la traspasa;
Y en tanto en vueltas fáciles ondea
La bella tropa y por las orlas pasa,
Al son süave de las arpas de oro
Resuena el canto en armonioso coro.

VII

Sonríe acaso y su aspereza olvida
Viéndolas Aldaimon, y tierno lazo
Téjele en tanto su beldad querida
Con dulce beso y con amante abrazo;
A grata calma y á placer convida
Y á deleite suavísimo el regazo
Donde reposa, y por mayor delicia
Blanca y hermosa mano lo acaricia.

.....
.....

CUADRO DEL HAMBRE

—

VIII

.....
Mas todo en vano fué: bárbaro estrago
Miéntras el hambre en la ciudad hacia;
La muerte ya con silencioso amago
Señalaba sus víctimas impía:
Busca en la madre cariñoso halago
El tierno infante que en su amor confía,
Seco el pecho encontrando: ella le mira,
Y horrorizada el rostro de él retira.

IX

Gime el anciano en lecho de tormento,
Y ya sintiendo la cercana muerte,
Al hijo tiende el brazo amarillento,
Y árido llanto al abrazarlo vierte.
Quién con hórridas muestras de contento.
Feliz creyendo su infelice suerte,
A su padre su misma sangre lleva
Para que de ella se alimente y beba.

X

Viérase allí grabada en los semblantes
La desesperación: triste suspira
Y eleva aquel las manos suplicantes;
Cuál mordiendo en sí mismo en ansia espira,
Tal, clavados los ojos penetrantes,
Morir sus hijos y su esposa mira
Con risa horrible, y muere recrujiendo
Los dientes y las manos retorciendo.

XI

Pálido, y flaco, y lánguido con lento
Paso camina el moribundo hispano;
Su lanza carga el macilento
Cuerpo y se apoya en la derecha mano;
Los ojos con horror, sin movimiento,
Avidos fija sobre el muerto hermano,
Y hambriento goza y lo devora, en donde
Avaro creë que á los demas se esconde.

XII

Las calles en silencio sepultadas
Solo ocupan algunos moribundos,
Las manos reciamente enclavijadas,
Despidiendo tal vez ayes profundos:
Laten en torno entrañas destrozadas
Y miembros de cadáveres inmundos,
Que forzado del hambre asoladora,
Cuál como grato pasto los devora.

XIII

Para mayor martirio les presenta
Con recuerdo fatal su fantasía

Los manjares tal vez de la opulenta
Mesa que desdeñaron algun día:
Ora las aves de rapiña ahuyenta
Avido el moribundo en su agonía
Disputando el festin, y sus gemidos
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

XIV

Cuál al lanzar el postrimer aliento,
Ve feroz buitre que sobre él se arroja
Y en la angustia del último momento
Lucha con él en su mortal congoja:
Los dedos hinca con furor violento
En la entraña del pájaro, que, roja
La corva garra en sangre, aleteando,
Va con su pico el pecho barrenando.

XV

El moribundo, lívido el semblante,
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,
Mientras tenaz el buitre devorante
Ahonda el pico con mayor porfía;
Mas el hombre le aprieta á cada instante;
El ave mas profundizar ansía,
Hasta que así, y el uno al otro junto,
Muertos al fin quedaron en un punto.

.....
.....

FRAGMENTO SEXTO

I

Era la noche: el trueno pavoroso
Ronco estallando en torno retumbaba,
Y en mar inmenso el cielo tenebroso
Con violento turbion se desgajaba:
El rápido relámpago lumbroso
Al aire desprendido serpeaba,
Y ardiendo el rayo en la tiniebla umbría,
Del orbe la honda base estremecía.

II

Todo era horror, y en la comun tristeza
Unico asilo el templo sacrosanto;
El muro abandonaba en su flaqueza
El guerrero español bañado en llanto;
El tardo incierto paso allí endereza
Inmensa turba con horror y espanto,
Y ante la imágen de Jesus postrados,
No osan alzar sus ojos aterrados.

III

Léjos de todos solitario gime,
Cerrado en una lóbrega capilla,
Y negra pena el corazon le oprime,
El noble jefe de la gran Sevilla;
Ya no alienta su ejército; no esgrime
Ya triunfador la intrépida cuchilla,
Que embebecido en su pensar doliente
Apénas mis cercanos pasos siente.

IV

Yelmo y escudo aparte descuidados,
El anciano á sus piés tendidos tiene,
Y los ojos de lágrimas cargados,
Su diestra el rostro lánguido sostiene;
Sus exánimes miembros fatigados
Contra un altar inmóviles mantiene,
Y tan solo los ojos á mi acento
Tornó hácia mí con leve movimiento.

V

«Noble anciano, exclamé, dura es la muerte
Cuando se acerca inevitable y lenta,
Y no sirve el valor contra la suerte,
Y ántes mas bien el infortunio aumenta.
Mas ¿quién resistirá si un pecho fuerte,
Como es el tuyo, desmayado alienta?»
Dije, y en tanto el mísero gemia,
Y con endeble voz me respondia.

VI

«Triste en verdad estoy: mas ¡ay! no es leve
La causa de mis lágrimas: ¡dichoso
Tú mil veces, oh jóven, que hacto breve

Será tu padecer y harto glorioso,
Por mas que en ti con ímpetu se cebe
La cólera del hado riguroso!
Tú no conoces mi dolor ¡ay triste!
Tú nunca el hijo de tu amor perdiste.

VII

»Mísero y solo en tanta desventura,
Su dulcísima voz no oiré espirando,
Ni con trémula mano en su tristura
Me cerrará los párpados llorando;
Inútil viejo, de la muerte dura
En mi amargo dolor el golpe ansiando,
Solo y en bien de mi ciudad confío,
¡Oh gran Pelayo! en tu prudencia y brio.»

VIII

Mi corazon de lástima llagado,
Mi rostro algunas lágrimas cubrieron,
El noble anciano al ver acongojado,
Que tantas lides animoso vieron:
Su grave rostro del dolor marcado
Do á par las penas que la edad pusieron
La mano que su frente encanecia,
Pálido aun con majestad lucia.

IX

«Teudis, le dijo, el ánimo sustenta:
Alzate y viste la luciente malla,
Y el último respiro que te alienta
Esfuércese á la voz de la batalla.»
«¡Oh jóven! respondió: dime, ¿qué intenta
Tu inextinguible ardor? ¿qué medios halla
De salvacion tu esfuerzo? ¡Ah! ya te sigo:
Tu voz me reanimó; parto contigo.»

X

Y esforzándose el héroe á levantarse
Sostenido de mí marchó tardío,
Y en sus lánguidos ojos inflamarse
Se vió la llama de su antiguo brio:
Como suelen de lumbre colorarse
Las nubes de tormenta en el estío,

El fuego que su espíritu animaba,
En su pálido rostro reflejaba.

.....
.....

XI

Entre tanto en el templo amontonados
Hombres, mujeres, niños se veían,
Y flaco el rostro pálido, aterrados,
Espantosos espectros parecían:
A la luz de los rayos apagados
De las ondeantes lámparas lucían:
A par del trueno el huracán bramaba,
Y del templo en las bóvedas zumbaba.

XII

Los dos entonces tristes contemplando
Aquellos fuertes, míseros varones,
El llanto de mis ojos enjugando
Por alentar sus fuertes corazones;
«¡Noble esperanza del cristiano bando,
Exclamé, generosos campeones!
Alzad el pecho á contrastar la suerte:
Muramos, sí, pero con digna muerte.

XIII

»Si es fuerza perecer como valientes,
Perezamos al pié del patrio muro:
No es tiempo, amigos, ya de ser prudentes;
La paz, la sumisión nada hay seguro;
Ora mandan los hados inclementes
Morir. ¿Preferiréis al trance duro,
Que á cierta gloria y á venganza guía,
Tan dilatada y mísera agonía?»

XIV

Dije, y aquellos héroes á mi acento
El yerto fuego renacer sentían,
Que aun no apagado el generoso aliento
Ni el entusiasmo bélico tenían:
Todos al punto luego en movimiento
Mi voz en derredor solo atendían.

«Guiad, dijeron; á morir marchemos:
Ansia de perecer todos tenemos.»

XV

«Alto, dije, á la lid: la noche oscura
Protege ¡oh bravos! el intento mio:
O de una vez muramos con bravura,
O camino nos abra nuestro brio;
Tal vez nuestro valor logre ventura,
Tal vez venganza del alarbe impío.»
Dije, y al punto un escuadron formaron
Y en medio á los inermes encerraron.

XVI

Con tarde paso, con silencio y calma
A la luz del relámpago partimos,
Llena de angustia y de zozobra el alma,
Y el ánimo á la muerte apercibimos.
Del martirio á alcanzar la ilustre palma
A campo abierto impávidos salimos:
En torno todo de tinieblas lleno,
Rugen tan solo el huracan y el trueno.

XVII

Entra las densas sombras temerosos,
En cieno y agua hundidos avanzamos,
Y con ansia y fatiga, cuidadosos
Cerca del campo musulman llegamos:
Dóblase la zozobra, y silenciosos
Ante sus tiendas lóbregas paramos;
Prestas las armas, próximo el combate,
De miedo el pecho y de esperanza late.
.....

XVIII

Mas á su voz por otra repetida,
Pronta su hueste se presenta armada,
Y con bárbaro ardor y arremetida
Fulmínase á nosotros agolpada:
En las cristianas lanzas recibida
Fué su improvisa cólera estrellada.
Torna al asalto y dobla la pelea:

El tercio ibero resistiendo ondea.

XIX

Sigue el rumor, la confusion se aumenta;
Cuál hunde en las entrañas del amigo,
Que apartado de él lidiando cuenta,
El arma destinada al enemigo;
Este, si descargar el golpe intenta,
Por alto precipicio da consigo;
Tal piensa allí que á su escuadron se junta,
Y halla en el pecho la improvista punta.

XX

Cuál allí solo contra mil pelea,
Y al frente y al redor hiere y maltrata;
Y en tanto que la maza aquel rodea,
Otro le oprime el brazo y la arrebatata.
Ya un escuadron cejando titubea,
Y otra vez vuelve, y carga y desbarata:
Ora cedemos ya; ya paso abrimos;
Ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.

.....
.....

FIN